

Chomsky y el discurso retórico de la política estadounidense

Chomsky and the rhetorical discourse in the politics of the united states

Fecha de recepción: 24 de junio de 2019

Fecha de aceptación: 11 de enero de 2021

*Martín Quiroz Pavón**

RESUMEN

Para Noam Chomsky, filósofo estadounidense, su país, desde su nacimiento histórico (siglo XVIII), se ha presentado ante el mundo con un discurso que lo muestra como el último heredero de los grandes ideales de la tradición iluminista y liberal. No obstante, este discurso está plagado de una serie de conceptos y términos retóricos que sirven para ir manipulando paulatinamente las mentes del público de su propio país y, en extensión, la opinión mundial. Para lograrlo, el sistema político se ha servido de prácticamente de todos los elementos a su disposición. El problema que subyace a todo esto es una cuestión netamente de distribución de la riqueza y el poder: al público no se le puede decir quiénes son los que verdaderamente mandan en la nación (oligarcas), a ellos se les debe hacer sentir y pensar que el gobierno está al servicio de los intereses del hombre común y corriente.

PALABRAS CLAVE: Opinión pública, medios de comunicación, democracia, grupo de interés, participación política.

ABSTRACT

For Noam Chomsky, the American philosopher, his country, since its historical beginnings (18th century), has presented itself to the world with a discourse that shows it as being the final inheritor of the great ideals of the enlightened and liberal tradition. However, this discourse is plagued by a series of rhetorical concepts and terms that serve to gradually manipulate the minds of the public of its own country and, by extension, world opinion. In order to achieve this, the political system has been served by practically all the elements at its disposal. The problem behind all of this is a question of purely the distribution of wealth and power. The public cannot be told who are those who truly control the nation (oligarchs); they must be made to feel and believe that the government is at the service of the interests of the common and regular man.

KEY WORDS: Public opinion, mass media, democracy, interest groups, political participation.

*Universidad Autónoma del Estado de México, México. Correo-e de contacto: quiroz-101@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

Dentro de la larga historia del pensamiento político, al igual que ocurre en los distintos campos del conocimiento, siempre se le ha exigido al autor de una teoría que clarifique semánticamente lo mejor posible las categorías, conceptos y términos que fundamentan lo esencial de su trabajo, todo esto con la legítima intención de alejar los equívocos, las malas interpretaciones o la oscuridad innecesaria. En nuestra tradición política, la gran mayoría de los conceptos han conservado su significación original, con mayor o menor cambio de acuerdo a la época y escritor que los utiliza. Ejemplos de ellos podemos mencionar los casos de justicia, democracia, ley, comunidad, oligarquía, política, gobierno, etc., que, a pesar del tiempo, siguen diciendo prácticamente lo mismo a la humanidad actual que a los filósofos de la ilustración y modernidad, quienes son la referencia teórica de que hoy llamamos “mundo occidental”.

La intención de este escrito es mostrar que gran parte de los conceptos de la teoría política, al ser introducidos en el discurso político de una nación específica, en un periodo histórico determinado, pueden llegar a ser re-semantizados, al grado tal de perder totalmente su sentido original. Estos cambios no se originan siguiendo motivaciones intelectuales –tal vez porque se quisiera ampliar la teoría, modificarla, refutarla o buscarle nuevos límites– o meramente por las incontables vicisitudes

que atañen a toda cuestión práctica, sino porque existe una consciente intención de encubrir intereses de grupo (de élite) imposibles de ser explicitados directamente en el discurso político de un país, de ahí la necesidad de enmascarar completamente el lenguaje que utilizan.

Para argumentar lo que se acaba de mencionar, nos serviremos del filósofo Noam Chomsky y utilizaremos su nación, los Estados Unidos de América (EE. UU.), para ver de qué manera este país ha elaborado un relato político en el que se autodefine como el heredero natural de los ideales de la tradición iluminista y liberal (democracia, igualdad, libertad), pero que, no obstante, en estudios críticos y bien documentados se logra demostrar que en sus prácticas históricas ha sido el principal violador de los mismos a nivel mundial.

LA NATURALEZA DE LA POLÍTICA ESTADOUNIDENSE

Para Chomsky, la cultura política de los Estados Unidos de América, desde su nacimiento histórico (siglo XVIII), tiene un carácter eminentemente elitista, oligárquica, racista¹ y providencial,² que rechaza de manera casi natural todo lo que tenga que ver con la “masa”, el “populacho” y la “plebe”. Este rechazo original no es fortuito, ilumina un eterno problema de carácter económico en la historia de la humanidad: cómo se garantiza que las posesiones de los acaudalados no sean objeto de la envidia de los

¹El primer contacto entre los colonizadores europeos con los habitantes originarios de las culturas norteamericanas no pudo ser más trágico. El robo de sus territorios estuvo directamente relacionado con el sistemático desplazamiento de sus habitantes, obligándolos a ir cada vez más hacia las zonas extremas de occidente y abandonando las tierras más propicias, tanto para la agricultura como para la ganadería. No obstante, es el gran exterminio de los naturales de estas tierras, lo que más evidenció el llamado “choque de dos mundos”, dos maneras muy distintas de concebir la vida y el puesto del hombre sobre la tierra. Por un lado, entre los indígenas, una amplia armonía y respeto por su entorno vital y, por el otro, europeos que ya abrigaban los principios germinales de la ética capitalista. Para Chomsky (2013b), este origen sangriento de su nación le llama “el gran pecado original” que no dejará de prolongarse en su fiera a lo largo de muchos años.

²En varias ocasiones, Chomsky (2017) ha resaltado el tema del providencialismo en la cultura popular y dentro de la élite política en los Estados Unidos. Al creer firmemente que su nación está cumpliendo un plan divino para con el mundo les ha permitido justificar, incluso, sus tantos “errores históricos”, donde las víctimas se cuentan por millones. El Destino Manifiesto, su eterno apoya a Israel y el supremacismo blanco son algunos de los fenómenos más claros de su firme creencia en que un telos divino conduce su andar en el tiempo.

desposeídos y que, tarde o temprano, éstos se lancen en una empresa violenta que les arrebatte los tesoros a los primeros. Para evitar un escenario parecido, desde la elaboración de la Constitución norteamericana, se garantizó que sólo aquellos que detentan las grandes fortunas del país pudieran participar efectivamente en la política:³ “...quienes poseen el país deben gobernarlo” (Chomsky, 2017: 347).

A los debates sobre cuál debería ser el contenido de la Constitución de los Estados Unidos es que se remonta el viejo problema de qué sector de la población tomará las riendas de la nación. James Madison, principal artífice de este documento, apostó porque el grupo “más sabio y responsable”, es decir, los ricos, se hicieran cargo de la dirigencia del gobierno. Lo que a su vez conducía a que el resto de la población, los pobres, fueran rechazados y catalogados como los “...intrusos ignorantes y entrometidos, cuyo papel es ser espectadores no participantes” (Chomsky, 2021: 255). En la postura contraria, Thomas Jefferson, en su clásica distinción entre aristócratas y demócratas, estaba convencido de que la gente común debía participar en las decisiones políticas de la nación. Impulsaba la idea de que en la dirección de la misma debía estar alguien que realmente conozca las necesidades de la gente común y corriente, tal y como lo exigían los ingleses pobres en el siglo xvii, estos “...querían ser gobernados por campesinos como nosotros, que conocen nuestras necesidades, no

por señores y caballeros que nos dictan leyes, que son elegidos por miedo y no hacen otra cosa que oprimirnos, y que no conocen las penas del pueblo” (Chomsky, 2001: 254).

Es evidente que la posición de Madison es la que logró imponerse desde la génesis del documento rector del país norteamericano. A juicio de Chomsky, esto sólo reproduciría en el tiempo un círculo vicioso donde la acumulación de riqueza acumula poder y viceversa. En pocas palabras, su país nació siendo profundamente antidemocrático y con un gran desprecio por los sectores populares.

El ocupar estas posiciones de privilegio político les permitió crear las estructuras básicas para que el gobierno estuviera subordinado al interés de la clase rica, donde buscan que aquél esté a su servicio y no al de la mayoría, como se cree de común. En términos generales esto no ha cambiado hasta la actualidad. Ahora bien, esta toma del poder económico sobre lo político al interior de los Estados Unidos, por muy simple y en ocasiones tan conocido o evidente que parezca, no se puede, ni se debe formular explícitamente en el discurso nacional. Ante la opinión pública, desde los más altos dirigentes se sostiene que su país es la última encarnación histórica de los grandes ideales que coronan el espíritu de la ilustración. Aunque filósofos como Habermas sostienen que estos ideales⁴ aún están por cumplirse, el estado de ánimo entre los políticos y planificadores norteamericanos nos

³Chomsky (2002) nos recuerda que ya desde Adam Smith el poder político estaba en manos de los dueños de las industrias y comercios, lo que indudablemente les permitía sacar provecho de ello. No en pocas ocasiones utilizaron este poder para ir en contra del interés general de la población inglesa. El mismo Smith utiliza la exacta expresión “principales arquitectos” a la hora de referirse a estos acaudalados y su injerencia en política. Este mismo tema volverá con más fuerza en los análisis de Marx sobre la lucha de clases como lid mortal dentro del capitalismo.

⁴Para Habermas, el que los ideales de la modernidad aún esperen por su cumplimiento en un futuro incierto se da en clara respuesta a la inquietante tesis que lanzara Lyotard (1998), en 1979, en su famoso libro *La condición postmoderna*. Para el filósofo francés, existen acontecimientos históricos (Auswitch, mayo del 68, Hiroshima y Nagasaki en 1945) que demuestran de manera contundente que el proyecto teleológico de la modernidad fracasó en su totalidad. Habermas, en respuesta, sostiene que estos acontecimientos no son verdaderos “signos de la historia” para decir sin más que el plan de la modernidad haya sido borrado del horizonte de la razón que guía la modernidad (Pico, 1988).

60 harían sugerir que la espera ya habría terminado. Que aquellas sentidas exigencias de los socialistas y utopistas (justicia social y laboral, igualdad, libertad), ya se estarían cumpliendo ahora mismo en el llamado “país del mañana” –tal como lo nombraban los migrantes europeos desde el siglo XVIII⁵– y como sugería el influyente sociólogo Daniel Bell en los años 60: “...ya hemos logrado la sociedad igualitaria y socialmente móvil, que los intelectuales independientes apegados a la tradición marxista han estado pidiendo durante los últimos años” (Chomsky, 1974: 15).

Hoy día, después del colapso soviético, a finales del siglo pasado, se reafirma que ellos son los que abanderan el único proyecto factible para el mundo, tanto en lo económico como en lo ideológico. Es ésta la nación que viene a culminar el logro último de la humanidad como proceso dialéctico en permanente superación. Pero, en vista de la colosal caída del modelo estatista, a las actuales naciones no les queda más que reconocer que el libre mercado es la síntesis última de este proyecto unitario. Tan completo es que incluso viene a crear “...un clima intelectual donde los más «avanzados» ya no creen que la sociedad burguesa deba finalmente superarse” (Fukuyama, 2015: 75). La idea de fondo que propagan es que en un mundo donde el libre intercambio económico promete satisfacer todas las necesidades humanas, entonces, aquellos violentos eventos en los que las masas irrumpían, de tiempo en tiempo, para exigir sus derechos, como

las revoluciones, ya han dejado de tener sentido. Sin alternativa, EE. UU. nos muestra el ineludible “fin de la historia”, como fin de todas las ideologías, tal como sostenía el profesor Francis Fukuyama.

LA NATURALEZA DEL DISCURSO POLÍTICO

Al interior del país norteamericano hay dos posturas políticas contrarias que han estado en lucha dialéctica por mucho tiempo. De un lado, la estructura del gobierno está al servicio de los “amos del país”, velando siempre por sus intereses y no por los de la población mayoritaria. Donde el papel del estado ha sido el instrumento fundamental para que la concentración e incremento de la riqueza en unas cuantas manos haya llegado a niveles tan desorbitantes. A la par que esto ocurría, en sentido inverso, fueron millones las personas que paulatinamente vieron empeorar sustantivamente la calidad de sus vidas. Esta imagen interna tiene necesariamente una reproducción exacta en el ámbito exterior, es decir, en la distribución del poder y riqueza internacional. En expresión de Chomsky, los Estados Unidos desde siempre han buscado “fossilizar” este esquema. En su intento por lograrlo han habido víctimas, muchas víctimas,⁶ pero que bien valen la pena si el proyecto se mantiene.

Por el otro lado, ante sus propios ciudadanos como al foro mundial, se difunde la idea de que son el país guardián de los derechos humanos, la libertad y la democracia junto a otros tantos ideales. De

⁵Nuestro filósofo tiene muchos libros donde remarca la tesis de que los Estados Unidos son la nación más peligrosa del mundo. Sus múltiples intervenciones militares, derrocamientos de regímenes, instauración de dictaduras y otros tantos ejercicios, en geografías diversas, dan perfecta cuenta del grado de terror que son capaces de aplicar cuando se trata de defender una postura ideológica o un interés económico. Para Chomsky, el terror estadounidense siempre es usado cuando se pone en peligro la llamada “estabilidad”, es decir, cuando la política económica de un país amenaza con cambiar el “clima de los negocios” y en sus grandes empresas se asoma el fantasma tanto de la expropiación como de la quiebra. No es este el lugar para exponer el largo historial de la violencia promovida y ejecutada desde EE. UU.

⁶El filósofo francés Alexis de Tocqueville, en su libro *La democracia de América*, da por un hecho consumado el que los Estados Unidos son un modelo para las naciones que buscan conducirse en los valores liberales, reconoce que en su origen este país tiene un carácter “...eminente democrático. Ha tenido este carácter desde el nacimiento de las colonias; lo tiene aún más en nuestros días” (Tocqueville, 2012: 67).

esto nos surgen unas preguntas de manera natural: ¿Cómo es que llega a coincidir el *discurso* oficial de la política estadounidense con una *práctica* política que está en plena contradicción con el decir?, ¿Cómo conciliar las palabras con los hechos?, ¿acaso ha existido una verdadera intención para lograr una justa correspondencia? De acuerdo con Chomsky, los dirigentes políticos del país nunca han tenido la voluntad para que al *relato* político le corresponda verdaderamente una *práctica* consecuente. Hacerlo sería nada más y nada menos que destruir todo el sistema estadounidense (ideología, economía y política) algo que ni de broma están dispuestos a llevar a cabo.

Por lo tanto, para conciliar ambos planos la solución tiene que ser más sutil y refinada. Se trata de llevar a cabo una paulatina “transmutación de todos los conceptos”⁸ para que puedan ser usados correctamente en el discurso oficial sin comprometer de ninguna manera los intereses económicos que subyacen a la política interna del país. Este trabajo consiste en “vaciar” el contenido semántico original de las categorías y conceptos fundamentales, con lo que se expresan los “fines trascendentales”⁹ de la nación, para dotarles de un nuevo sentido para que entre discurso y realidad no exista contradicción alguna. Mientras que en los escritos teóricos los conceptos expresan lo sustancial de la tradición del pensamiento, en los tratados de la doctrina oficial cada uno de ellos adquiere un significado técnico, ajustado perfectamente para ser utilizado en los sistemas de propaganda. Para referirse a este sorprendente logro Chomsky utiliza varias expresiones, transmutación

de conceptos, depredaciones del lenguaje o “despojo consciente del significado” (Chomsky, 2013a: 135).

Manipular las palabras clave con las cuales nos expresamos y pensamos el ámbito de lo político no es una labor nimia. Resulta claro que implica una verdadera tarea titánica. Prácticamente no ha quedado área, medio o innovación del mundo contemporáneo, que no se haya venido utilizando para lograr manipular a tal grado el lenguaje que no es gratuito que en la obra de Chomsky frecuentemente se esté utilizando la referencia al concepto *newspeak* (neolengua) –extraído de la gran novela distópica *1984*, de George Orwell– para ejemplificar un fenómeno que aliena, uniforma y suprime paulatinamente el pensamiento, nuestro grado de comprensión de lo real y la imaginación sobre un sistema distinto. A los conceptos desarrollados por la neolengua (discurso oficial), Chomsky les llamará orwellismos o simplemente conceptos retóricos.

Dentro de la cultura popular es muy conocida la expresión “las palabras matan” (las mentiras matan), lo cual tiene bastante sentido si se reflexiona un poco. Nuestras expresiones lingüísticas no se reducen a representar objetos ideales, de la razón o abstractos, también, y en mayor medida, están dirigidas hacia un mundo concreto, práctico, de acción. Tanto en los estudios éticos de los filósofos de la Grecia clásica como entre las culturas tradicionales siempre existió una línea de plena correspondencia entre el pensar-decir-hacer. El que en la actualidad cada uno de estos aspectos de la vida humana sea juzgado con criterios independientes, no hace sino revelar una “crisis”¹⁰ ahí mismo donde la tradición filosófica nos

⁸Pareciera que esta expresión fuera una modificación de la famosa “transmutación de todos los valores” que utiliza Friedrich Nietzsche en su libro *Así habló Zaratustra*. En realidad, no es así, al menos no se refiere a él en este tema específico y hay muy pocos elementos para sostener esta interpretación.

⁹Hace referencia a los ideales (democracia, libertad, justicia y derechos humanos) que supuestamente motivan la política estadounidense.

¹⁰Para autores como Lyotard (1998), la llegada de la postmodernidad es a consecuencia de la destrucción del lazo social contenido en el discurso de los metarrelatos (filosofías de la historia) que subyacían al espíritu de la modernidad. Con la llegada de las nuevas disciplinas científicas, llamadas de punta, con su criterio de eficacia para juzgar su labor, revela que este mismo criterio no puede juzgar los demás juegos del lenguaje (Wittgenstein) ética, política, estética.

había enseñado la existencia de una integración no divisible. Mientras que pronunciar la verdad refuerza los lazos sociales, la mentira los destruye.

Este tipo de problemas muestra que nuestros juicios y enunciados están enmarcados dentro de lo que se conoce como un “mundo de vida”, un “paradigma” compartido por todos y desde el cual se derivan las principales directrices para comprender y actuar en nuestra cotidianidad. Pero, ¿qué pasa cuando estos juicios, específicamente políticos, tienen como componentes básicos conceptos y términos retóricos que no están referidos a una realidad concreta sino a una ilusión ideológica creada? Derivado de esta interrogante es que Chomsky se haya obsesionado tanto por analizar los juicios políticos considerados más significativos de la tradición norteamericana, o aquellos formulados por los más altos dirigentes del país. El asunto está en que la tradición política estadounidense es toda una historia de corrupción intensa, paulatina, pero constante, del contenido semántico de cada uno de los conceptos clave sin los que no se entiende la cultura del país. La llamada “trasmutación” ha llegado a un nivel en el cual muchos de estos conceptos actualmente han devenido en una significación totalmente contraria de lo que significaron para los filósofos de la política, tal y como los elaboraron originalmente en sus teorías. Por poner un ejemplo muy recurrido por Chomsky, cuando se dice que el motor de la política económica, en el exterior, está animado por el “interés nacional”, lo que realmente significa es que los negocios de los hombres más ricos deben tener prioridad y ayuda del gobierno ahí donde hayan decidido instalar sus empresas o industrias (Chomsky, 1995).

Desde la novela de Orwell, cuando se domicilia o instala la neolengua la función liberadora y revolucionaria de la palabra desaparece del horizonte intelectual de las personas y, ésta,

ya sólo sirve para reproducir efectivamente el sistema oficial de pensamiento. La visión de tal cuadro está bien expresada en los diálogos de los protagonistas de 1984: “...ya veo que empiezas a darte cuenta de cómo será ese mundo. Pero acabarás haciendo más que comprenderlo. Lo aceptarás, lo acogerás encantado, te convertirás en parte de él” (Orwell, 2005: 262). Al igual que Orwell, Chomsky también advierte que el estatuto epistemológico de la verdad, en un sistema político totalitario, encuentra su legitimación última en las prácticas oficialmente sancionadas por el estado. Ocasionalmente pueden existir anomalías que contradicen la corriente dominante, casos concretos que la refutan pero que de ningún modo la llegan a alterar. Nuestro filósofo aclara este problema: “...los hechos son lo que pasa en el mundo, mientras que la verdad está en una posición más augusta, emanada del poder mismo (...) los hechos son simplemente un “abuso de la realidad”, mientras que la verdad es la realidad misma” (Chomsky, 2000: 127-128).

No importa que las pruebas se acumulen unas al lado de otras, en un sistema totalitario existe una completa “indiferencia hacia la realidad” (Chomsky, 2012: 74). Esto quedó muy patente después del debate abierto por su libro, *Washington y el fascismo en el tercer mundo*, en el que da bastantes pruebas que demuestran que su país es el principal promotor y agente del terrorismo mundial con consecuencias atroces, que ponen en evidencia la inmoralidad del sistema en su conjunto. No obstante, la amalgama de creencias basadas en una ficción ideológica, sostiene la tesis contraria, es decir, que ellos encabezan la causa de la democracia y los derechos humanos. En estas palabras está formulada la idea:

El hecho básico es que los Estados Unidos han organizado, bajo su patrocinio y protección, un

sistema neocolonial de estados clientes gobernado principalmente mediante el terror y al servicio de los intereses de una reducida élite local y extranjera negociante y militar. La *creencia* o ficción ideológica fundamental es que los Estados Unidos están dedicados a impulsar la causa de la democracia y los derechos humanos en todo el mundo (Chomsky, 1981: 11).

Argumentar y desarrollar esta tesis les costó la censura estatal, la descalificación y el vituperio en los círculos cercanos al poder, creando un extraordinario paralelismo entre literatura y realidad. La “policía del pensamiento”,¹⁰ tan presta a liquidar las anomalías, es tan efectiva en la novela como lo fue en el caso de Chomsky.

El simple, pero sistemático, desprecio por los hechos concretos, después de tiempos prolongados, llega a convertirse en un fenómeno tan increíble que se le denomina el “asesinato de la historia”, es decir, los acontecimientos del pasado que no sirven, que contradicen el discurso oficial, simplemente son dejados fuera de los registros, no se vuelven a mencionar, “...para asesinar la historia, entonces, debemos «movilizar todas las armas concebibles» contra el cáncer de la verdad” (Chomsky, 2000: 193). La evidente finalidad es que pasen al olvido colectivo. Los poderosos no tienen necesidad de hacer un recuento de sus atrocidades, para el débil, esto siempre resulta mortal: “La amnesia histórica es un fenómeno muy peligroso, no sólo porque socava la integridad moral e intelectual, sino también porque sienta las bases para los crímenes del futuro” (Chomsky, 2012: 112).

Entre más exitoso sea un sistema totalitario menos necesidad tiene de ejercer una coerción directa o visible, ésta es una lección que enseñan muy bien los creadores de las relaciones públicas,

creadas posteriormente a la gran crisis económica de 1929, donde los proyectos de reconstrucción de la economía estadounidense apelaban un fuerte apoyo popular. Tanto para Edward Bernays como para Walter Lippmann, el objetivo de estas innovadoras disciplinas era, en sus palabras, “fabricar el consentimiento” o crear la “ingeniería del consenso”, como medios eficaces para uniformar la opinión pública. De lo contrario, cuando se deja suelto al “rebaño”, éste no hace sino elaborar extraños principios como el que “...la voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público” (Chomsky, 2001: 156). Claramente, expresiones de esta naturaleza ponen en riesgo la estructura del sistema político y económico, por ello es que los “hombres del cálculo frío” deben conducirlos, por su propio bien, hacia modelos más sensatos, pues reconocen la “estupidez del hombre medio”. Para referirse a esta conducción paternalista, se ha utilizado la metáfora del hombre adulto que cuida al menor de edad para que no caiga en conductas que ponen en peligro su integridad física y moral.

Para lograr esto, los dirigentes deben aislarlos para que su vida gire en torno a la preocupación de sí mismo, que busquen adquirir los últimos productos de la moda y demás futilidades de la vida, es un fenómeno que tuvo su gran explosión en los años posteriores a los movimientos juveniles de 1968. Se buscó acabar con el creciente germen revolucionario del “rebelde con causa”. Sobre la “ingeniería del consenso”, Chomsky escribe: “... se trata de propaganda bastante inteligente, bien diseñada y realizada, muy bien pensada. La meta es volver a la gente lo más estúpida, ignorante, pasiva y obediente que sea posible, al tiempo que

¹⁰Expresión utilizada por Orwell para referirse a una institución del estado totalitario para vigilar y mantener a raya a todos los que, mínimamente, se atreven a sospechar o comprender el grado de alienación al cual están irremisiblemente condenados.

se le hace sentir que cada vez accede a formas de participación más elevadas” (Chomsky, 2007: 20).

INSTRUMENTOS PARA INSTAURAR EL DISCURSO RETÓRICO

Los “intelectuales responsables”¹¹ y los grandes medios de comunicación¹² son los dos principales aliados con los que cuentan los beneficiarios del discurso político oficial para introducir al lenguaje cotidiano los términos retóricos. Ambos operan a distinto nivel. Los primeros, utilizando sus conocimientos y prestigio académico, se encargan de legitimar teóricamente la ideología, tanto política como económica, que ilumina todo el espectro nacional en las prácticas que van desde lo más concreto hasta lo más general, por esto último entendemos el papel que se logra desempeñar en el ámbito de las relaciones internacionales. Un discurso, sin una lógica interna y un buen uso de sus categorías básicas, no logra una consistencia solida ni creíble. El arquitecto es al edificio, lo que el “intelectual responsable” es al discurso político norteamericano. Respecto a los segundos (los medios de comunicación), que hoy día han llegado a ser industrias de alcance e influencia mundial, les corresponde un campo de acción bastante diversificado. Sus labores van desde llevar

a casa las noticias de la vida pública oficialmente sancionadas, difundir modas y tendencias del día, publicitar productos de última tecnología, hasta proponer y fomentar los grandes temas de discusión e interés social, lograr imprimir una determinada orientación o “crear consenso” sobre los mismos descartando las lecturas incómodas y peligrosas para el *status quo*.

Chomsky (2001), frecuentemente, hace énfasis en que la manera particular de conducirse de las grandes industrias y empresas está íntimamente ligado al símil político de los totalitarismos. Se refiere particularmente a su carácter monopólico, dominante, represivo, que tienden a eliminar los elementos que no ayudan a reforzar su hegemonía. No esperan del estado otra cosa que no sea su venia para operar con absoluta libertad, sin rendir cuentas a nadie, aunque gran parte de su financiamiento sea obtenido del erario público cuando se asoman las recurrentes quiebras. Otra característica es que logran corromper con bastante facilidad las esferas que interactúan con ellas. Su amigo Ignacio Ramonet (1998: 36) ha puesto en circulación la acertada expresión “la tiranía de la comunicación” para dar a entender el carácter omniabarcador de estas industrias con alcance global. Conocidas comúnmente como las detentadoras del “cuarto poder”, ante el avance de las nuevas tecnologías,

¹¹Cuando Chomsky habla de los “intelectuales responsables” se refiere, tanto a científicos, periodistas como los académicos que utilizan sus conocimientos para legitimar teóricamente la ideología política estadounidense. En sus publicaciones pareciera que han tomado partido por ideales humanos, por el interés general o que mantienen una postura de abierta crítica hacia el gobierno cuando en realidad son expertos en la retórica, la simulación y la mentira. Operan en espacios y niveles distintos, mientras que el experto en opinión política de un periódico se dedica a difundir y defender la postura de la política oficial, el pensador político se enfoca en dar los argumentos más refinados que fundamenten el sistema como totalidad. Mucho mejor si a sus escritos logra darles un toque filosófico, que aventure una visión histórica hacia un futuro sin alternativa (tipo Fukuyama). Son incontables los nombres que cita Chomsky para ejemplificar el papel de los “intelectuales responsables”, entre los más recurrentes esta Henry Kissinger, Samuel Huntington y George Kaeman.

¹²Mucho ha escrito Chomsky (1995) sobre la naturaleza actual de los medios de comunicación, especialmente los medios norteamericanos, que en los últimos tiempos se han revelado inmensos corporativos con un poder e influencia de carácter planetario. Junto a Edward S. Herman, en su libro *Los guardianes de la libertad*, da una serie de ideas que están en la base de su práctica cotidiana. Entre las más importantes, muestra que existe una relación tripartita de interdependencia entre medios de comunicación, centros financieros, económicos e industriales y por supuesto, la elite del gobierno estadounidense. Estos tres sectores siempre caminan codo a codo para direccionar todos los importantes temas que se encuentran en discusión entre el amplio público de consumidores de noticias e información. Las conclusiones a las que llega Chomsky es que han tenido tanto éxito en lograr uniformar la opinión pública que con toda facilidad han pasado las más insólitas, mentiras por verdades irrefutables.

han llegado a desplazar los poderes tradicionales (ejecutivo, legislativo y judicial), logrando ocupar un portentoso segundo lugar. Coincidiendo con Chomsky, Ramonet acepta que el poder económico ocupa un indiscutible primer lugar. Por lo tanto, también a nivel internacional habría que esperar una determinación económica sobre lo político.

Las consecuencias que saca nuestro autor, después de haber revisado por décadas el discurso político estadounidense, es que en éste no hay inocencia, las palabras mismas al ser pronunciadas están ya creando un mundo que claramente es acorde a poderosos intereses económicos que no logran llegar a la superficie, a la luz pública de los debates cotidianos. Incluso, si de vez en cuando éstos logran formularse en algún medio o a través de una declaración de algún político de alto nivel, ésta no alcanza una dignidad tal para que sea objeto de un análisis serio. Referidos a estos casos, también se ha enseñado que las frases sustanciales contenidas en el discurso deben tener una interpretación correcta, que por tradición, este trabajo está reservado a los periodistas que se apegan al canon ya establecido. Las pulen, las “higienizan” para que no lleguen de forma grotesca a las mentes ciudadanas. Hecho esto, el círculo se cierra y más allá de él sólo pueden aparecer frases sin sentido, inexpresables, impensables, como suele decir Chomsky, como en los siguientes casos: “Washington está bloqueando el proceso de paz” o “Estados Unidos es uno de los principales estados terroristas” (Chomsky, 2000: 35).

Respecto al caso norteamericano y sus dirigentes políticos, que tienen un enorme poder mundial, su responsabilidad para con el resto

de los países se ve enormemente acrecentado, por desgracia, no se ha utilizado su carácter privilegiado para fines loables, sino todo lo contrario, han traicionado una exigencia ética intrínseca a su posición.¹³ En Chomsky existe una gran preocupación que podríamos nombrar ético-política por las consecuencias derivadas del relato ideológico que guía el camino de los políticos norteamericanos. Para él, el dicho popular “las palabras matan” tiene un carácter de verdad que se aplica no sólo a las relaciones interpersonales, sino que el orden de su aplicación escala hasta un nivel de alcance mundial. Son millones de vidas que están pendiendo de los vericuetos del discurso, porque, tratándose de los altos dirigentes de la nación, su radio de influencia es de carácter planetario, como solía decir Kissinger. De modo que, cuando declaran que es necesario liberar a un país de una “dictadura” o de acabar con los “terroristas” o hacer una misión de “ayuda humanitaria”, a la luz de los medios de comunicación, estos objetivos no deberían sino tener un apoyo unánime por tan encomiable labor. No obstante, Chomsky insiste que por medio del análisis de las prácticas históricas concretas el resultado es inverso a lo que señala la doctrina oficial. El objetivo de la retórica política, utilizada en estos casos, traiciona la confianza pública depositada en las instituciones que dicen promover fines estimados por su bondad y justicia.

De la misma manera que por medio de la manipulación buscan unificar el apoyo a determinada empresa, también por medio del discurso retórico se consigue exitosamente descalificar posturas políticas contrarias, la historia de abiertas mentiras pasadas por hechos incontrovertibles es bien conocida.

¹³John Rawls, en su clásico Teoría de la justicia, partiendo de reflexiones acerca de la creación de estructuras formales en una sociedad para aminorar las desigualdades –económicas, de acceso a derechos básicos, de ejercicio de libertades– menciona que aquellos que se encuentran en las posiciones más favorecidas están más comprometidos con la instauración de un pleno de justicia: “...aquellos más privilegiados están sujetos a adquirir obligaciones que los vinculen aún más estrechamente a un sistema justo” (Rawls, 2017: 117). Es claro que este principio de formalidad ética ni siquiera es tenido mínimamente en cuenta por los dirigentes estadounidenses.

66 Tratándose de enemigos, cualquier acontecimiento puede ser interpretado a la luz de la retórica, lo que derivara en descalificación y reprobación moral por parte del foro expuesto al sistema de propaganda. Incluso existen una serie de palabras que al ser pronunciadas anulan cualquier posibilidad de diálogo racional, pues su carga ideológica las sitúa automáticamente en una zona oscura, que nos hablan de lo peor que el género humano haya podido engendrar, sólo por citar algunas que Chomsky más alude, mencionamos: socialismo, comunismo, bien común, desarrollo independiente y autonomía nacional.

Es claro que en este tipo de actitudes periodísticas nos llevan a preguntarnos cuáles han sido los cambios respecto al estatuto epistemológico de la verdad, si ésta es una correspondencia con la realidad o es una mera construcción apoyada desde un determinado poder. Para Ramonet este asunto implica que “... hoy la verdad se define en el momento en que la prensa, la radio y la televisión dicen lo mismo respecto a un acontecimiento” (1998: 36).

En su libro *Los guardianes de la libertad*, escrito junto a Edward Herman, Chomsky ha sistematizado a conciencia el triste papel que han desempeñado los periodistas apegados a la línea oficial norteamericana en los acontecimientos históricos más trascendentes del acontecer mundial y en los cuales, su nación ha ocupado un papel protagónico muy destacado. Indica claramente que la contante en la lectura periodística sobre estos hechos ha consistido en situar la parte estadounidense del lado “correcto de la historia”, pues la principal premisa de su política exterior no es guiada por otra cosa que por los contenidos en la llamada “alma nacional”: “Forma parte del folklore norteamericano el que, mientras otras naciones tienen intereses, nosotros tenemos responsabilidades” (Kissinger, 1971: 103).

De manera sutil, pero con paso constante, la retórica periodística va colocando y etiquetando a los enemigos oficiales bajo determinadas categorías que resuenan, en la psique del hombre común, con acento peyorativo. Tratándose de política exterior, es fundamental contar con el apoyo de la propia población, de ahí la importancia de ganarse su venia. El mismo Chomsky nos precisa el trabajo de conjunto que subyace a la labor propagandística ejecutada desde el periodismo en su carácter retórico: “... el perceptible modelo de indignantes campañas y supresiones, de matizaciones y énfasis, de selección de contexto, las premisas y el orden del día general, resulta altamente funcional para que el poder establecido y sensible a las necesidades del gobierno y de los principales grupos de poder” (Chomsky, 1995: 19).

Ante esto, Chomsky recomienda interrogar seriamente el discurso político oficial en su totalidad, pues éste surge de una cultura donde los distintos brazos de los que se sirve (intelectuales, medios de comunicación, propaganda) siempre han tenido una tendencia natural “...a ofrecer su lealtad no a la verdad y la justicia, sino al poder y al ejercicio efectivo del poder” (Chomsky, 1974: 92-93). Para él, la lucha se reduce entre los intereses económicos de la élite económica estadounidense y el grado de conciencia política que logre tener la población estadounidense y por extensión, la mundial. Es decir, al debate que se remonta a la constitución Norteamérica (qué grupo debe hacerse cargo de la dirección del gobierno) le debe corresponder un debate (actual) sobre dónde reside efectivamente el poder. Mientras que el concepto e ideal de la democracia, “gobierno de, por y para personas” (Chomsky, 2001: 254), no sea cumplido en las prácticas concretas, la relación gobierno y gobernantes seguirá estando mediada por la tradición de la retórica oficial.

Lo que indica claramente que se continuará con la subordinación de los intereses mayoritarios a los deseos de la minoría privilegiada, quienes claramente dominan el sistema estadounidense en su totalidad. Expresado de otro modo, es la lucha de clases al interior del país más poderoso de la tierra entre el 1% de la población contra el 99% de la misma.

CONCLUSIONES

Para Chomsky, los Estados Unidos de Norteamérica no habrían podido imponer sus políticas e intereses económicos a nivel mundial, sino fuera porque, históricamente, se han servido de un discurso retórico para ganarse el apoyo tanto de su propia población como la de la opinión mundial. Es una manipulación de los conceptos políticos porque su uso obedece a un interés de élite y no a los deseos de las mayorías en desventaja. En el esfuerzo por modificarlos e instaurarlos se han conjugado los grupos de poder más importantes de su nación (grandes empresas, industrias, políticos, medios de comunicación e “intelectuales responsables”).

Como ya se había mencionado, el sistema ideológico creado, ilumina todo el espectro de las prácticas que se llevan a cabo, las conduce, las direcciona. En el caso de su nación, cuyo marco de acción es planetario y no regional, las consecuencias de mantener la tendencia que hasta hoy día ha dominado, significa que, literalmente, miles de millones de vidas humanas estén pendiendo del “hilo conductor” del discurso oficial norteamericano. Para él, de acuerdo a su visión contemporánea sobre el planeta, sólo la opinión pública mundial, puede efectivamente hacerle frente a la hegemonía estadounidense. No obstante, esa opinión pública mundial, a la que llama la segunda gran potencia, aún debe ser educada,

formada en una revisión crítica, tanto del discurso oficial como de los hechos que pasan a nuestro alrededor. Menciona dos formas para lograrlo, una de ellas sería crear un nuevo modelo de educación, la otra es evitar la información difundida de los medios tradicionales, buscar nuevas fuentes que nos permitan una interpretación distinta. Ambas tareas son difíciles y sólo un pequeño sector puede acceder a un ejercicio parecido, sin embargo, es una solución que reclama la participación de todas las personas que buscan cambiar el curso de un mundo en creciente injusticia y violencia.

Chomsky ha apostado, a lo largo de su trabajo crítico y comprometido, porque el hombre de ninguna manera está condenado a una vida penosa, sino que en su misma naturaleza están las herramientas para crear un mundo futuro realmente libre e igualitario. A su juicio, exponer la retórica de la política oficial y los verdaderos intereses que le subyacen, es un primer gran paso hacia adelante.

REFERENCIAS

- Chomsky, N. y Edward, S. H. (1981), *Washington y el fascismo en el tercer mundo*, México, Siglo XXI.
- Chomsky, N. y Edward, S. H. (1995), *Guardianes de la libertad*, Barcelona, Grijalbo.
- Chomsky, N. (1974), *El pacifismo revolucionario*, México, Siglo XXI.
- Chomsky, N. (2000), *Cartas de Lexington*, México, Siglo XXI.
- Chomsky, N. (2001), *Estados canallas*, Barcelona, Paidós.
- Chomsky, N. (2007), *Secretos, mentiras y democracia*, México, Siglo XXI.
- Chomsky, N. (2012), *Crear el futuro*, México, Siglo XXI.
- Chomsky, N. (2013a), *El bien común*, México, Siglo XXI.

- Chomsky, N. (2013b), *Año 501, La conquista continúa*, Madrid, Libertas.
- Chomsky, N. (2017), *Miedo a la libertad*, Barcelona, Crítica.
- Fukuyama, F. (2015), *¿El fin de la historia? y otros ensayos*, Madrid, Alianza.
- Kissinger, H. (1971), *Política exterior norteamericana*, Barcelona, PLAZA & JANES.
- Lyotard, F. (1998), *La condición postmoderna*, Madrid, Catedra.
- Orwell, G. (2005), *1984*, México, Planeta.
- Pico, J. (1988), *Modernidad y postmodernidad*, Madrid, Alianza.
- Ramonet, I. (1998), *La tiranía de la comunicación*, Madrid, Debate.
- Rawls, J. (2017), *Teoría de la justicia*, México, FCE.
- Tocqueville, A. (2012), *La democracia en América*, México, FCE.